

La experiencia perpleja

Los límites de la escritura en un venezolano de la decadencia

Rafael Castillo Zapata

Tal vez sea cierto que, como dice Deleuze, «se habla desde el fondo de lo que no se conoce, desde el fondo del propio subdesarrollo». Yo mismo intenté aplicar esa idea cuando acepté escribir acerca de mis impresiones del entorno intelectual venezolano en estos tiempos revueltos: escribí desde el fondo de mi abismal desconocimiento de los mínimos elementos del análisis sociológico, desde el fondo de mi propio subdesarrollo político, y me esmeré en hacer de eso un fundamento para lo que, a la vuelta de los días, no pude ya aceptar sino como una enorme y descosida impostura. Deleuzianamente incapaz de sacar provecho de ese baldío mío para dar cuenta de lo que se me pedía, no he podido dar con nada mejor que las líneas que siguen para sustituirlo. Quizás, entre líneas, precisamente, pueda leerse aquí, en el serpenteo casi concéntrico de mi perorata derrotada, algún indicio de lo que pueda ser el estado de nuestra inteligencia en tiempos de penuria nacional. No escribí, pues, desde el fondo de mi ignorancia, sino desde el fondo de mi fracaso; lo que, al final de cuentas, sigue siendo lo mismo.

* * *

Porque nos ha sido impuesta como una exigencia, a menudo la escritura es una tarea que pesa. Porque nos ha sido demandada, porque se nos ha pedido. Tantas veces hemos tenido que responder obligándonos a hablar, a escribir, a tomar partido, a dar opinión, aun cuando algo en nuestro interior con fuerza, con necesidad que no hemos sabido obedecer, nos repelía, nos dictaba no hacerlo, y hemos caído en la trampa de decir cualquier cosa; no la primera que se nos viniera a la mente, a la boca, sino algo peor, algo compuesto un poco a la medida de la exigencia que se nos hacía; como suele decirse: *complaciendo peticiones*. Arrastrábamos así a la escritura a prestarse a algo para lo que, en nosotros, con nosotros mismos, no se sentía llamada, obligándola a adaptarse a acometer o cubrir o mediar (en) algo

que no le nacía, que no nos nacía a nosotros en ella, con ella, y la hemos, irremediablemente, imperdonablemente, prostituido.

Y es que en el mundo de la escritura en el que intentamos abrimos paso, en el que intentamos hacernos un lugar, escribiendo, claro, pero también publicando, porque ese lugar no puede hacerse sino a costa de interpelar, de hacerse evidente mediante la apelación directa o indirecta a alguien o algo que devuelva la señal que nos confirme que hemos sido percibidos, que alguien o algo ha podido caer en cuenta de nuestra existencia en la escritura (y entonces sentimos, ciertamente, aunque tal vez nos equivoquemos al pensar de ese modo, que tenemos un lugar en la escritura, que hemos comenzado a abrimos camino en ella, con ella, como si escribir no consistiera en inscribir, en registrar unos signos sobre la página, sino en apelar a la señal del asentimiento, del reconocimiento del otro, escribir para ser reconocido, en el sentido de que para algunos de nosotros es ésa la única forma de hacerse perceptible, digno de consideración, por los otros); en ese mundo de la escritura en el que intentamos instalarnos, encontrar acomodo, la exigencia de la manifestación no siempre sigue el ritmo de la propia disposición del que tiene que escribir incluso cuando no tiene, no tendría, según él, que escribir. Manifestarse es, entonces, una exigencia que llega a violentar en nosotros ese pudor sin el cual la tarea de abrirse paso y hacerse un lugar en la escritura se convertiría en una canallada, porque escribir no es aplicarse de oficio a una tarea que se presente dispuesta a su realización voluntaria apenas lo decida incluso el que termina, después de todo, escribiendo; porque escribir es dar salida a una necesidad que no responde siempre al tamaño de la demanda que se sitúa más allá de su propia emanación impredecible, de su surgimiento ajeno a toda demanda exterior de manifestación. Pero, paradójicamente, no puede uno hacerse lugar en la escritura sino forzando, a veces dolorosamente, esta inercia, esta inmanencia de la escritura que se quiere dueña de sí misma, fiel solamente (¡y ojalá pudiera siempre!) al oscuro impulso que sin preverlo uno mismo nunca la desencadena; y así nos vemos empujados a traicionarnos y cumplir el cometido (se trata, como es lógico, de un cumplimiento revestido incómodamente, insatisfactoriamente siempre de claudicación) de poner a disposición a la escritura, de disponer de ella, de disponerla forzándola a complacer una exigencia sin la cual, después de todo, no podría habérselas, toda vez que su pulsión, por muy oscura que sea, por muy incontrolable o impredecible o incalculable que sea, no se realiza sino en el horizonte de la demanda, de esa conciencia o de esa intuición que presagia el destino, la evidencia de su destinación, de su ser o estar destinada para algo, para alguien. Entrampada en esta continua paradoja, la escritura se ve, pues, for-

zada y no puede no dejarse forzar, teniendo que esforzarse por manifestarse frente a esa demanda que la violenta pero a la que está fatalmente (y sin pleonismo) destinada.

* * *

Estamos, pues, tentados de escribir incluso (o sobre todo) en los momentos en que menos tendríamos que hacerlo; en los momentos en que, preferiblemente, querríamos callarnos, quedarnos quietos frente a la página. Como *Bartleby*, a menudo es precisamente en esos momentos, en los que necesitaríamos poder responder efectivamente que *preferiríamos no hacerlo*, cuando con más intensidad la demanda exterior nos empuja a contrariar nuestro impulso más profundo, aquel que anima al personaje de Melville y que, me parece, no es otro que el de la suspensión indefinida, el de la eterna posposición de una escritura siempre interferida, siempre impedida, siempre pospuesta. Y estamos, precisamente, tentados de traicionarnos siempre en este punto por estar sometidos también por la necesidad de manifestarnos, de marcar públicamente un territorio desde el que peleamos por hacernos oír, o mejor, leer. Efectivamente, no somos *Bartleby*; su escéptica renuncia nos resulta impracticable. Es más, estamos profunda, visceralmente impedidos de intentarla siquiera porque, en el fondo de nosotros, algo nos hace pensar que la escritura, ciertamente, puede ser después de todo inducida voluntariamente, por nosotros, a adaptarse a las exigencias particulares de una determinada demanda y somos incapaces de sustraernos del fatídico gesto de decir que sí cuando acaso no deberíamos, y nos perdemos. Nos perdemos desde el momento en que aceptamos, por fin, aceptar hacer lo que se nos pide: escribir sobre esto y aquello, movidos por la perturbadora petulancia de creer que somos capaces, sí, de hincarle el diente a cualquier asunto que se nos proponga o nos imponga. Después de todo, ¿no luchamos por hacernos especialistas en nuestro arte, vivir de lo que escribimos, servirnos de la escritura para vivir como un carpintero se vale del suyo para fabricar sillas y venderlas?; ¿por qué con la escritura habría de ser diferente?, nos decimos, y ya estamos atrapados. «Mejor sería de otra forma, es el sentimiento fundamental de todo compromiso», dice Unger; pero para cuando nos damos cuenta de ello, ya nos hemos comprometido a escribir y estamos condenados entonces a cumplir. En qué atolladeros no nos habremos visto metidos por culpa de esta violencia consentida.

* * *

Con Zola, tal vez, nace esa tradición que hace del escritor un intelectual, ese intermediario entre los individuos y los valores colectivos al que se refiere Bernard-Henri Lévy; es decir, Zola inaugura el pésimo expediente del novelista que se sale de sus casillas para opinar, para meter baza en el corrillo de la *polis*, para entrar en la turbulencia de la época sin saber nadar apenas. Sartre, Camus y, después de ellos, tras ellos, tantos otros escritores, han contribuido a afirmar la creencia de que el escritor puede (y en algunos casos debe) pronunciarse acerca de problemas que lo atañen como ciudadano corriente, y no necesaria ni directamente como escritor (es decir, como novelista, como dramaturgo, como crítico, como poeta). Tal creencia es, sin duda, una *peste* para todo aquel que sabe moverse bien sobre la tela tensa de un libro abierto y se deja seducir por la idea de que, por el mero manejarse bien con la escritura, puede (y debe o tiene que) meterse en territorios para recorrer los cuales apenas cuenta con su sentido común (sin sentarse a pensar que el sentido común de un escritor es lo menos común que pueda darse). Cuántas cosas no hemos escrito como fruto de ese haber aceptado incursionar en algunos tremedales en los cuales nuestro gusto por las palabras, nuestro amor por ciertas ideas, nuestra idolatría de ciertos libros, no nos han servido más que la mano como remo al aventurado que debe avanzar en medio de un río turbulento para llegar al otro lado con algún éxito. Cuánto papel ocupado inútilmente y cuánta pólvora de ingenio malgastada tratando de hacer creíble una intromisión en el mundo para la cual ni nuestra afición ni nuestra ocupación cotidiana nos hacen para nada sujetos siquiera medianamente idóneos.

Es cierto que, a veces, nuestra capacidad de improvisación, nuestra destreza para ciertos malabarismos y, sin duda, nuestro arrojo, nuestra temeridad acrecentada una vez que nos encontramos metidos *in media res*, como quien dice, nos permiten cumplir la parte y pasar la prueba y salir del paso (con lo cual no hacemos sino acrecentar la convicción de nuestra propia impostura); otras, no dejaremos de lamentarnos mientras nos quede algo de lucidez por no haber sabido imitar a tiempo al bueno de Bartleby, cuyo magnífico pudor lo salva, para la eternidad, de hacer el ridículo, como nosotros mismos, por arrogancia, no hemos podido dejar de hacerlo cada cierto tiempo, para vergüenza y escarnio de la industria editorial.

* * *

Frente a ciertos temas acerca de los cuales es menester tomar partido y sentar posición, declararse, marcar distancia, o cercanía, definirse, decidirse, iluminar, muchos de nosotros no sabemos qué hacemos. Escribir, vivir

entre libros, y aun entre periódicos, pendientes de la actualidad del mundo como cualquier otro hijo de vecino más o menos informado, no nos prepara necesariamente para manifestarnos en relación con el estado de la economía nacional, el papel de los intelectuales o el desempeño del gobierno de turno en nuestras zarandeadas sociedades nacionales. Duchos en crear, tal vez ingenuos, ingenios de lectura para atravesar territorios minados en el mapa de la imaginación o en el de los saberes, somos, en cambio, irremediable y peligrosamente torpes, cuando no improcedentes, contraproducentes o sencillamente inútiles cuando de pronunciarse políticamente se trata. Qué lejos estamos algunos de nosotros de poder ofrecer un diagnóstico de nada, cuando nuestra propia escritura apenas siente que conquista zonas de seguridad en los márgenes del mundo, en el encierro cómodo de las bibliotecas, en el aula de clases, en la estepa confortable de la mesa de trabajo que nos acoge en nuestra celda. Qué cuesta arriba puede resultarnos el intento de salir de allí para afrontar, desde la página, la complejidad de lo que ocurre a nuestro alrededor y los periódicos recogen con aplastante indecencia cotidiana.

Frente a ciertos temas, uno agradece que Ricardo Piglia haya recordado o inventado el recuerdo de una frase de Coleman Hawkins que diría: «Escucho una música y no la puedo tocar»; pues, más allá de la riqueza de esas palabras que aluden sin duda a las dificultades del artista para traducir lo que resuena o retumba en su interior, uno también cree escuchar que algo discurre dentro de nosotros a propósito de la figura de Chávez, por ejemplo, y de su revolución bolivariana, pero no atina a tocar lo que cree que oye, porque no llega a oírlo bien, porque no puede uno acabar de decidirse por lo que podría decir acerca de eso que cree oír. Como Piglia, digo que «no conozco mejor síntesis del estado en el que estoy. Sé bien de qué se trata, podemos decir que en un sentido escucho, a ratos, esa música, pero cuando empiezo a escribir, lo que sale es siempre el mismo barro crudo en el que ningún sonido se anuncia». Sobre ese fondo sordo, que bulle dentro de nosotros sin que podamos descifrarlo, mezcla de intuiciones que resplandecen sin que seamos capaces de echarles mano para aprovecharlas, tratamos de escribir y un barro crudo es lo que nos sale. Reconocemos, entonces, que la disponibilidad de la escritura, al menos en nosotros, tiene unos límites que la mejor de las buenas intenciones no puede lograr que se traspasen; hay ciertas músicas que no podemos tocar y, entonces, mejor sería que nos abstuviéramos de hacerlo.

En ciertos momentos, como los actuales, la partitura de la música nacional en ciertos países como el nuestro es demasiado confusa, tan abigarrada, llena de extremos cromáticos y de instrumentos oscuros, de escándalos

vacíos y de excesos, que hace falta una tremenda capacidad económica y armónica de oído para poder sacar sonido a las cifras de su enrevesado mensaje. Tantos lo han intentado; y hoy por hoy hay muchos entre nosotros que no lo hacen nada mal, que saben leer en ese amontonamiento de notas una melodía y la hacen perceptible. Yo, por mi parte, me he estrellado contra esa página imprevisible que la realidad nacional me pone ante los ojos.

Es en esos momentos cuando uno cree poder dar la razón a todos los que han despotricado con rencor de la escritura sin la cual, con todo, no pudieron pasársela, y decir, por ejemplo con Bataille, que «el único medio de pagar la falta de escribir es aniquilar lo que se escribe». Pero no todos somos capaces de asumir esta honestidad extrema y en vez de aniquilar, publicamos; y en vez de abstenernos, seguimos escribiendo. Por una suerte de compulsión, por la inevitable seducción del reconocimiento, por responder a una deuda de amistad o de negocio, por la razón que fuere, para escapar de nuestras propias carencias y demostrar que somos capaces de superarlas escribiendo, escribiéndolas, sucumbimos a esta tentación. Y en los pocos casos en los que hemos tenido la suficiente lucidez como para inhibirnos o hacer desaparecer lo escrito, nos queda, a cambio, el remordimiento de no habernos esforzado más, de no haberlo intentado de nuevo.

Como quiera que sea, en algunos momentos de esta crónica enfermedad de escribir, querríamos poder decir no tanto como Artaud que «escribir es una cochinado», sino, para descargarnos de la culpa de no haber escrito como hubiéramos debido hacerlo, lo que anotó Ingeborg Bachmann para aceptar su propia decisión de no escribir: «Sospecha de ti lo suficiente, sospecha de las palabras, de la lengua, me he dicho muchas veces; ahonda esta sospecha –para que un día, quizás, pueda originarse algo de nuevo– o que no se origine nada más».